

# Continuidad y ruptura.

## Las expresiones arquitectónicas peruanas prehispánicas como resultado de la transculturación

Ferruccio Marussi

El término *transculturación*, puede entenderse como fusión de culturas, producto de lo cual aparece otra, que sería la cultura mestiza. Determinados intelectuales prefieren denominar este fenómeno como el de una “yuxtaposición”, más que como una fusión, en la medida que la cultura alóctona ha sido impuesta por los conquistadores íberos del siglo XVI, pudiendo todavía observarse las expresiones de ambas culturas como conviviendo una al lado de la otra, no apareciendo a plenitud una tercera que sería la mestiza. En todo caso, lo importante es que el fenómeno que aquí tratamos ha existido y existe y se puede analizar. Este fenómeno indudablemente no solo se ha producido por la fricción o contacto –iniciado en el Perú en el siglo XVI– entre las culturas autóctonas ancestrales y la europea, sino también se ha producido entre las diversas culturas locales prehispánicas, y sigue manifestándose intensamente en la actualidad.

Tal vez los procesos de transculturación más importantes o sugerentes por analizar –en el área andina–, han sido los que han tenido lugar entre las culturas locales y la cultura de los conquistadores.

La ocupación y dominio español, durante casi tres siglos de este enorme territorio, trajo como consecuencia fenómenos singulares de orden cultural, entre los cuales se incluye la arquitectura.

Es interesante comprobar que, a diferencia de los colonos ingleses y franceses que ocuparon amplios sectores de América Septentrional, los españoles tuvieron un contacto más intenso o “íntimo” con las poblaciones nativas, resultado de lo cual se produjo un notable mestizaje racial y obviamente también uno cultural.

Es este mestizaje el que –en mayor o menor grado– en diversos países se hace cotidianamente evidente a través de diferentes manifestaciones (danzas, música, canto, culinaria, vestimenta, etc.).

Estas diferentes manifestaciones culturales mestizas, hacen aparecer a estos países (Perú, Chile, Bolivia, Venezuela, por ejemplo), como sutilmente diferentes entre sí, producto de una transculturación, en donde es posible descubrir o intuir su ancestral componente local. Asimismo, los países hispanoamericanos, además de las indicadas sutiles diferencias, tienen notables características comunes, dadas fundamentalmente por el uso del idioma español como lengua oficial y distinguiéndose como países mayoritariamente cristiano-católicos.

A partir de la llegada al Perú de los españoles en la primera mitad del siglo XVI, empezó en lo arquitectónico un proceso de notables cambios en el empleo de materiales, sistemas constructivos, tipologías, formas y concepciones en el uso del espacio.

El efecto sobre las expresiones arquitectónicas prehispánicas producido por este impacto cultural alóctono, puede dividirse –a nivel genérico– en la siguiente forma:

1) Perdurabilidad de las tradiciones constructivas y formales.

2) Transformaciones notables de la arquitectura local o de la española como adecuación a nuevos requerimientos y condicionantes.

3) Ruptura o discontinuidad total de las tradiciones constructivas y formales.

Entre las edificaciones correspondientes al primer caso, se incluyen las que aún se construyen en ciertas zonas remotas. Algunas han perdurado casi en su total pureza. Esto es lo que sucede –por ejemplo– con los *putucos* de los distritos de Samán y Taraco en el departamento de Puno.

En ellos perdura desde el vocablo quechua que sirve para designarlos, hasta otros muchos detalles, que permiten deducir que tienen un evidente origen prehispánico.

*“Se refuerza este supuesto cuando se aprecian las características interiores de los putucos actuales, en los cuales no aparecen los muebles, al estilo europeo, pues todos los elementos (sillas, camas, etc.) aparecen como partes no móviles realizados con la misma tierra (adobes o champa), conformando: poyos como lugares para sentarse, hornacinas como elementos para guardar o apoyar objetos, plataformas elevadas (a unos 30 cms aproximadamente del suelo) como sitios para dormir, etc. Esta resulta ser una clara expresión de adecuación interior de las viviendas de la época prehispánica. Es notable que esta forma de hacer elementos internos no móviles no se ha interrumpido y ha perdurado hasta la actualidad, a pesar que en una de las numerosas ordenanzas del Virrey Francisco de Toledo se establecía: “Que duerman los indios en barbacoa y no en el suelo”. Es comprensible la gran dificultad de hacer efectiva esta ordenanza por parte de los pobladores del altiplano y posiblemente en especial en la zona donde se edificaban putucos, esto debido a la carencia de madera para hacer barbacoas”.* (Marussi, 1999, pág. 54).

Entre otras expresiones arquitectónicas en las que aún se observan latentes antiguas tradiciones prehispánicas casi intactas, es posible incluir a las edificaciones de planta circular de los pastores de altura y a las denominadas “malocas”, que son enormes edificaciones de algunos grupos étnicos amazónicos (boras, ocoinas, huitotos, yaguas y mayorunas).

En algunas de las edificaciones rurales de la costa también es posible observar diversos grados de perdurabilidad de tradiciones constructivas ancestrales. En la mayor parte de dichas edificaciones rurales estas tradiciones han desaparecido, solo aparece uno que otro detalle, que a veces es difícil de catalogar como un remanente prehispánico. Las expresiones más cercanas a lo ancestral las encontramos en la arquitectura vernácula del valle de Camaná.

Los bordes o límites de las formas de estas edificaciones tradicionales presentan diferentes soluciones.

De conformidad a la rectitud de las líneas que se forman en la intersección de los diferentes planos –verticales e inclinados– que definen los volúmenes y otras características, se presentan de un modo teórico los siguientes tipos secuenciales:

1. Edificación con superficies verticales e inclinados totalmente llanas. Aristas rectas y con bordes perfilados. No presentan ninguna evidencia de su estructura hacia el exterior.

2. Edificación que presenta superficies de los planos verticales e inclinados con ligeras ondulaciones. Aristas con algunas sinuosidades y bordes ligeramente redondeados. No presentan ninguna evidencia de su estructura hacia el exterior.

3. Edificación que presenta superficies de los planos verticales e inclinados medianamente ondulantés. Aristas con sinuosidades y bordes algo redondeados. Presenta su estructura parcialmente expuesta hacia el exterior, evidenciándose partes de algunas horquetas a modo de abultamiento en los muros.



Putucos del altiplano en el distrito de Taraco, Puno. Dibujo F. Marussi.



Maloca de los Boras en Maucarquillo, río Ampiyacu, Loreto. Dibujo F. Marussi.

Expresión Secuencial	Síntesis Gráfica	DESCRIPCIÓN		
		Superficies de los planos verticales e inclinados.	Aristas	Evidencia de la estructura hacia el exterior.
1		Totalmente llanas	Rectas y con bordes perfilados.	No se evidencia
2		Con ligeras ondulaciones	Con algunas sinuosidades y bordes ligeramente redondeados.	No se evidencia
3		Medianamente ondulant	Con sinuosidades y bordes algo redondeados.	Parcialmente expuesta: se evidencian partes de algunas horquetas a modo de abultamientos.
4		Ondulant	Con ondulaciones y bordes fuertemente redondeados.	Expuesta: se evidencian casi todas las horquetas.
5		Notablemente ondulant	Con ondulaciones y bordes fuertemente redondeados.	Totalmente expuesta: se evidencian las horquetas y la viga solera.

LAS EDIFICACIONES DE LA PARTE SUPERIOR CORRESPONDEN A LA INFLUENCIA ESPAÑOLA Y LAS DE LA PARTE INFERIOR -CON SUS BORDES ONDULANTES Y REDONDEADOS- EVIDENCIAN EL EMPLEO DE MADERA EN ROLLIZO, DE USO COMUN EN LAS EDIFICACIONES PREHISPANICAS

Bordes (o límites) de las formas en la arquitectura vernácula del valle de Camaná.

4. Edificación que presenta superficies de los planos verticales e inclinados ondulant, es decir con protuberancias. Aristas con ondulaciones y bordes redondeados. Presenta su estructura expuesta, evidenciándose casi todas las horquetas hacia el exterior.

Es posible deducir que las dos primeras soluciones presentan una mayor influencia alóctona, en la medida que sus aristas rectas y bordes perfilados implican el empleo de piezas de madera en escuadría, cuya modalidad fue introducida por los españoles.

En cambio, es posible suponer que la apariencia de los últimos tipos corresponde más a la arquitectura prehispánica del valle, en la medida que sus bordes ondulant y redondeados corresponden al empleo de madera en rollizo, común en las edificaciones prehispánicas.

La pérdida o abandono total de las tradiciones constructivas prehispánicas correspondió esencialmente a la arquitectura relacionada a lo religioso.

Esta destrucción total es posible explicar porque la empresa de la expansión del imperio español en América ha estado fuertemente impregnada por el espíritu evangelizador, que aspiraba incorporar a la fe cristiana a sus nuevos súbditos, despreciando toda posibilidad de desarrollo de otras creencias religiosas en los territorios conquistados. A las actividades proselitistas de los evangelizadores se sumó la campaña de extirpación de idolatrías, que implicó la destrucción de los adoratorios y lugares sagrados prehispánicos. La campaña de

extirpación fue especialmente fuerte en la sierra del arzobispado de Lima.

La evangelización en el Perú fue posible debido a la labor realizada desde los primeros momentos por los misioneros y doctores, quienes hicieron uso de las lenguas nativas –quechua y aymara– para transmitir a la población indígena los misterios de la fe católica. La evangelización, que se puede considerar finalizada a mediados del siglo XVI, fue posible por el acercamiento de la iglesia a la cultura andina y a su pensamiento religioso. La evangelización dio como resultado uno de los más ricos sincretismos culturales conocidos.

A pesar que las creencias religiosas son difíciles de desarraigar y se transforman lentamente, en líneas generales podríamos afirmar que las actividades evangelizadoras promovidas por los españoles tuvieron resultados contundentes. La identidad de los pueblos se manifiesta –entre otros aspectos– a través de las manifestaciones religiosas. A veces las poblaciones se aferran a mantener sus ancestrales manifestaciones de fe, porque estas constituyen su fundamental característica diferenciadora, es decir, forjadora de su propia identidad.

Cabría al respecto formularse la interrogante del porqué la nueva religión fue “aceptada” tan prontamente. Una posible explicación podría plantearse analizando diversas circunstancias y analogías entre ambas religiones. En primer lugar, cabe mencionar que en ambos casos el poder religioso y el poder político estaban íntimamente relacionados, utilizando el poder político la religión para asegurar su permanencia. Desde luego, el que manda impone su religión, y esta experiencia –en diferente forma– ya se había experimentado en el mundo prehispánico. Además, en ambos casos, en los rituales participaban grandes masas de población y ambas tenían lugares específicos de peregrinación. Pero, sobre todo, es posible suponer que los indios pudieran sentir cierta simpatía por el ser crucificado que los evangelizadores exhibían a los indios y que ellos posiblemente asociaban esta imagen a los cadáveres de sus antepasados, a los cuales rendían veneración, que en muchos casos –estando estos momificados– los sacaban una vez al año de sus chullpas para determinados rituales. Al respecto Guaman Poma de Ayala señala:

“Noviembre./ Ayamarca y Quilla (mes de los difuntos).

Este mes fue el mes de los difuntos, aya quiere decir defunto, es la fiesta de los difuntos. En este mes sacan los difuntos de sus bóvedas que se llaman pucullo y le dan de comer y de ueuer y le visten de sus vestidos ricos y le ponen plumas en la cauesa y cantan y dan-

san con ellos, y le pone en sus andas y andan con ellas en casa y por las calles y por la plaza y después toman a metella en sus pucullos, dándole sus comidas y bagilla al principal de plata y de oro y al pobre, de barro. Y le dan sus carneros y rropa y lo entierra con ellas y gasta en esta fiesta muy mucho” (Guaman Poma de Ayala, pág. 230).

Las manifestaciones materiales más importantes asociada a las actividades rituales religiosas prehispánicas estaban representadas por las prominencias piramidales, tanto naturales (los apus) como artificiales (las huacas).

Es posible llegar a interesantes conclusiones e, inclusive, a detectar los componentes simbólicos fundamentales de las edificaciones religiosas del pasado, analizando y comparando algunas de las informaciones proporcionadas por los cronistas del siglo XVI y en especial la de los extirpadores de idolatrías de principios del siglo XVII, con las formas piramidales pre-hispánicas. Lo más importante de la información proporcionada por los escritos relacionados a la persecución del culto idolátrico es que por medio de ella se pueden deducir algunos códigos semióticos básicos empleados por los antiguos peruanos, y por lo tanto, posibilitar una interpretación del valor simbólico que las mencionadas estructuras piramidales tenían para sus usuarios.

Dentro de los diversos escritos útiles al caso, se ha considerado importante la información contenida en el libro “Exhortaciones e instrucción acerca de las idolatrías de los indios del Arzobispado de Lima” escrito por Pedro de Villagómez, en el cual se señala que entre los indios del Arzobispado de Lima, entre otras cosas, se consideraban huacas a: “Los cerros altos y montes, y algunas piedras muy grandes, también a las sierras nevadas, que llaman RAZU, o por síncopa RAO o RITTI, que todo quiere decir nieve, y a las PACARINAS”.

Por otro lado, según los cronistas y extirpadores de idolatrías antes mencionados, todo lugar sagrado, ídolo o adoratorio, era huaca (o guaca); y pacarinas eran los lugares míticos de origen o procedencia que se identificaban con algunos cerros, montes y arroyos.

De lo arriba expresado, se deduce que los antiguos habitantes del Perú manejaron un código que asociaba las prominencias tanto naturales como artificiales con lo sagrado. Este código ha sido común a diversas culturas de la antigüedad. Una interpretación de su surgimiento se explica a continuación: las formas notablemente diferenciadas del paisaje natural, siempre han sido motivo inevitable de atención.

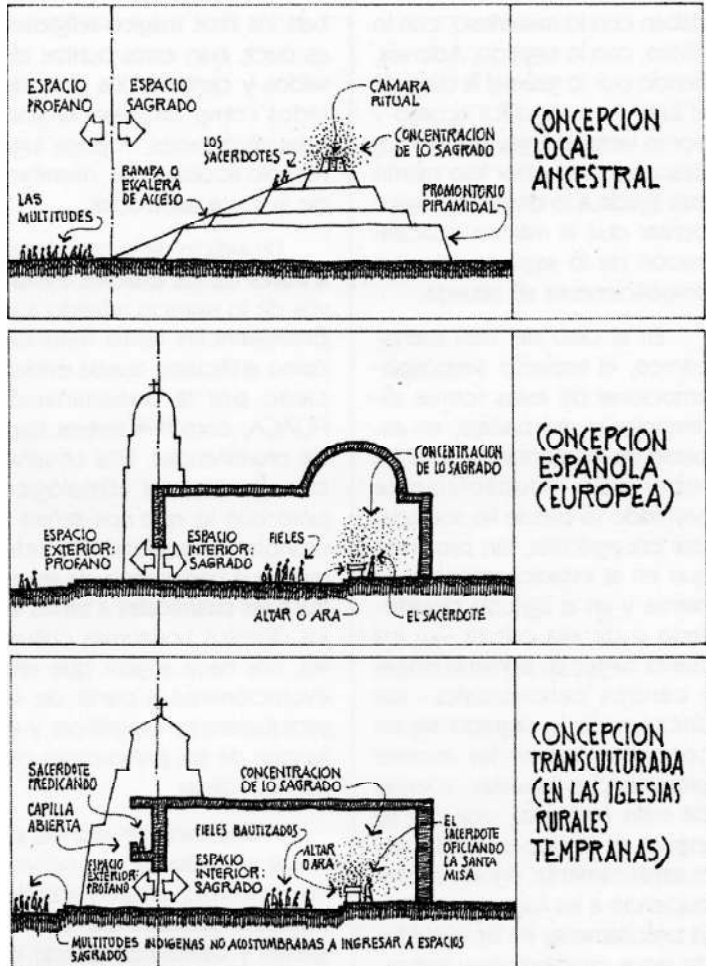
A menudo, en las primitivas sociedades humanas, se asociaba la sacralidad con estos rasgos notables, que podían ser los grandes



Dibujo de Guaman Poma de Ayala.

Continuidad y ruptura ■

Diferentes concepciones del espacio sagrado.



ríos (como el caso del Nilo y del Ganges, este último aún hoy sigue siendo considerado por millones de hindúes como sagrado), así como los lagos, montañas o volcanes. Pero posiblemente las formas que más impactaron fueron las grandes montañas, en especial cuando sus siluetas aparecen claramente diferenciadas en contraste con llanuras o ligeras ondulaciones que las circundan, es decir, cuando el contraste entre los elementos horizontales y verticales –que estructuran el paisaje– es más acentuado, cuando predomina el elemento organizador central en forma cónica y cuando este elemento aparece fantásticamente diferenciado por encontrarse cubierto con frecuencia de oscuras nubes.

No cabe duda que la visión de estas formas, unidas con frecuencia a diversos fenómenos atmosféricos, causaba tal emoción, tal estremecimiento, en los miembros de las primitivas sociedades humanas, que las asociaban con lo misterioso, con lo divino, con lo sagrado. Además, siendo por lo general la cúspide el lugar de más difícil acceso y por lo tanto el lugar más ignoto, desconocido, y por eso mismo más ligado a lo divino, es lógico pensar que la máxima concentración de lo sagrado estuviera simbólicamente allí situada.

En el caso del Perú prehispánico, el impacto simbólico emocional de estas formas diferenciadas del paisaje, en especial de las montañas, debe de haber sido induda-

blemente profundo ya desde las sociedades pre-agrícolas, tan profundo que en el estadio agrícola incipiente y en el agrícola desarrollado o de alta cultura –en los cuales surgen las primeras aldeas y centros ceremoniales– los símbolos de lo sagrado siguen concentrados en las mismas prominencias naturales, además de otras artificiales, que por su estructura de tipo piramidal, esquemáticamente siguen reproduciendo las formas naturales. Es precisamente en las cúspides de estos promontorios artificiales, donde las evidencias arqueológicas señalan la existencia de cámaras cuadradas o rectangulares u otras construcciones en las cuales se realizaban los ritos mágico-religiosos, es decir, eran estos puntos elevados y centrales los considerados como los más cercanos a las divinidades. A estos lugares sólo accedían los miembros de la casta sacerdotal.

Un indicio de la continuidad a través de los estadios evolutivos de lo sagrado, referido a las prominencias tanto naturales como artificiales, queda evidenciado por la denominación *huaca*, común a ambos tipos de prominencias. Esta observación de carácter etimológico junto con lo que nos señala la cronología arqueológica referente a la persistencia de las estructuras piramidales a través de los distintos horizontes culturales, nos hace sugerir que ellas evolucionaron a partir de las protuberancias orográficas y en función de sus primordiales cargas simbólicas.

A diferencia del uso del espacio sagrado de los nativos, los españoles crearon grandes espacios techados que eran las iglesias y catedrales, donde los fieles ingresaban al espacio sagrado, siendo el ara o altar donde se concentraba la sacralidad, porque allí ocurría el rito fundamental. La tradición del templo cristiano como lugar sagrado para albergar a los fieles tiene como antecedente la tradición greco-romana.

Esta tipología de templo cristiano, al construirse en las zonas rurales, llega a transformarse en los períodos iniciales de la evangelización, hasta incluir elementos arquitectónicos singulares, resultando un templo distinto, adaptado a las específicas condicionantes locales. En estas iglesias aparecen las denominadas capillas abiertas, que a modo de púlpito o balcón instalado en la parte frontal superior permitía a los doctrineros dirigirse a la multitud de indios infieles en los oficios del templo, los cuales por costumbre no ingresaban a los lugares sagrados, es decir, al espacio interior o nave del templo.

Por último, es importante señalar que, como resultado del proceso de transculturación comentado, aún es posible observar como resultado del mismo, impactantes testimonios del mismo, en diversos monumentos históricos y en algunas expresiones vernaculares vigentes. Estas expresiones son las que realzan partes de nuestro territorio rural y nos singularizan como un país eminentemente multicultural. ■

## Bibliografía

GUAMAN POMA DE AYALA, Felipe; *Nueva Corónica y Buen Gobierno*, Editorial Siglo Veintiuno, México D.F., 1988.

MARUSSI CASTELLAN, Ferruccio; “Rupac. Análisis urbanístico de

una ciudad prehispánica”. En *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*. Volumen VII, N° 1-2-3, Lima, 1979.

MARUSSI CASTELLAN, Ferruccio; *Arquitectura vernacular: los putu-*

*cos de Puno*. Universidad Ricardo Palma, Lima, 1999.

VILLAGÓMEZ Pedro de; *Exhortaciones e instrucciones acerca de las idolatrías de los indios del Arzobispado de Lima*; Lima, 1919.